

La arquitectura popular indicador socioeconómico del medio rural. Situación en Cantabria

J. C. GARCÍA CODRÓN*
P. REQUES VELASCO*

Hace casi cuarenta años aparecía «Vaqueros y cabañas en los Montes del Pas», importante aportación de D. Manuel de Terán sobre las formas de vida y sobre el original paisaje agrario resultante en un sector de la vertiente septentrional de la Cordillera Cantábrica (Terán, 1947). Sus observaciones relativas al hábitat y, dentro de él, a la arquitectura popular, siguen siendo sorprendentemente actuales a pesar del tiempo transcurrido y de las transformaciones radicales que el hábitat rural ha sufrido desde entonces en la mayor parte de España.

Interés geográfico de la arquitectura popular

La arquitectura es el mejor indicador de las condiciones materiales de existencia de un grupo determinado, «expresa el medio geográfico» (Demangeón, 1952), abundando afirmaciones como la de que «la vivienda es uno de los elementos más valiosos para el estudio histórico de los pueblos» (Leroi-Gourhan, 1973) que implícita o explícitamente recogidas por numerosos autores, avalan la validez de nuestros análisis.

Consideramos, sin embargo, que solo la arquitectura popular tradicional, de marcado carácter rural en toda España (Flores, 1973), va a sernos útil. La arquitectura urbana, noble o artística, la arquitectura culta antigua o reciente, con sus concesiones estilísticas y con la introducción de elementos foráneos, van a tender a homogeneizar el hábitat perdiendo éste gran parte de su interés.

No resulta fácil la delimitación teórica de la arquitectura o, en general, del arte popular, que, hasta época reciente, ha recibido escasa atención. Siguiendo a A. Hauser consideramos que el «arte del pueblo» es el resultado de una actividad desarrollada por «estratos sociales carentes de

* Dpto. de Geografía, Universidad de Santander.

ilustración y no pertenecientes a la población industrial y urbana (...) los miembros de estos estratos participan en él no solo como sujetos receptivos sino la mayoría de las veces también como sujetos creadores a pesar de que no se destacan individualmente en este último sentido ni pretenden que se les reconozca la condición de autores» (Hauser, 1973).

Las características que van a hacer interesante la arquitectura popular son las siguientes:

1. *Adaptación al medio*: la arquitectura popular trata de resolver diversos tipos de necesidades que van «desde las actividades productivas a desarrollar hasta las derivadas de las tradiciones culturales y religiosas del lugar, pasando por la idiosincrasia y composición de la familia», concibiéndose además con «aquellos materiales que se tienen a mano y adaptándose para soportar de la manera más óptima aquellas peculiaridades climáticas y geográficas a las que será sometida» (Elías, Moncosí, 1978). Tanto es así que la arquitectura popular acaba integrándose en el paisaje del que acaba por ser indisociable; sus edificios «forman parte de la naturaleza y no están simplemente metidos en ella» (Bassegoda, 1973) y, cada vez más, tiende a considerarse desde una óptica urbana todo cambio, sustitución o incluso mejora en un edificio antiguo con un deterioro pasajístico o ambiental.

2. *Funcionalismo*: los elementos que conforman la arquitectura popular responden a criterios eminentemente funcionales. Son escasas y superficiales las concesiones que se hacen a la estética o a la moda e incluso aquellas que los interesados perciben como tales tuvieron en ocasiones, en su origen, una razón de ser muy concreta.

3. *Utilización de materiales autóctonos y de técnicas artesanales*: la arquitectura popular ha sido definida expresivamente por algunos autores como «pre-industrial», desapareciendo no solo al cambiar los modos de vida y las necesidades que originaron las distintas formas sino, también, al hacer irrupción los materiales prefabricados, la maquinaria moderna y el comercio a gran escala. El uso de los materiales autóctonos, madera y piedra de talla y su trabajo siguiendo técnicas tradicionales es incomparablemente más caro, dentro de una economía de mercado, que el de materiales modernos convencionales. La introducción de éstos, masiva en los últimos años, altera las características del edificio y hace supérfluas las técnicas y soluciones tradicionales que definían la «arquitectura popular».

4. *Repetición de modelos*: la arquitectura popular dispone de una escasa variedad de materiales, utensilios y técnicas con los que el constructor debe adaptarse a un medio y a unas necesidades concretas que, básicamente, se repiten de generación en generación en una sociedad tradicional. El constructor reproduce los modelos conocidos a la vez que «personaliza» cada edificio introduciendo multitud de pequeños detalles como respuesta a otros tantos estímulos externos. El «estilo» de la arquitectura

popular que «está elaborado muy lentamente, cuando alcanza la forma idónea para su entorno, cristaliza en un prototipo que se repite siempre, pero no en serie, sino modificándose según cada situación y cada factor ecológico» (Bassegoda, 1973).

5. *Personalización de cada edificio*: en el arte del pueblo «productores y consumidores apenas están separados entre sí» (Hauser, 1973). El futuro usuario construye o participa activamente en la construcción de su vivienda transmitiendo en cada caso un sello personal y constituyéndose en «arquitecto de su propia casa y co-autor de todas las que componen el patrimonio arquitectónico de una determinada zona» (Elías, y Moncosi, 1978).

6. *Sentido de la economía*: en relación con la escasez de medios, miseria en ocasiones, y funcionalismo de los que ya se ha hablado y que desaparece sólo en aquellos casos en que la arquitectura pretende consagrar un «status» (con lo cual el derroche deja de ser gratuito para adquirir una función social).

La arquitectura popular, se puede deducir de lo ya visto, no constituye un elemento inerte dentro de la vida social: «al hablar de la vivienda cuestionamos toda nuestra concepción del mundo (...) cambiar la disposición de los elementos en el espacio social de la misma es modificar los valores atribuidos a los objetos y los símbolos que encarnan. Supone también cambiar los valores relativos a la jerarquía de los roles (...) El hábitat aparece como un lenguaje con el que se comunican los hombres de una misma cultura; cada objeto tiene simultáneamente una función utilitaria y una simbólica (...) los gestos e itinerarios (del individuo) están previstos. La utilización de los objetos está regulada por reglas estrictas, las relaciones sociales están determinadas en función de los status y de los roles. El espacio se acondiciona para hacer posible este desarrollo ritual de la vida cotidiana. La situación será muy diferente en las sociedades industriales» (Chombart, 1969).

En todas las sociedades tradicionales hay una evolución lenta de los distintos elementos que constituyen la vivienda en relación con profundos cambios en las mentalidades. Ciñéndonos al único aspecto que pretendemos abarcar, el del edificio en sí mismo, se observan siempre las consecuencias de un mismo proceso, solo variable por su ritmo, de separación progresiva del rebaño y de las personas, de disociación entre la familia y el trabajo (Rambaud, 1969). Simultáneamente, sucesivos cambios en las relaciones sociales externas o intrafamiliares, en las condiciones de la producción agraria y en las exigencias, normalmente asociadas a los aspectos anteriores, de salubridad y de calidad de vida, suponen una evolución de las plantas de los edificios hacia tipos cada vez más complejos en los que se disocian cada vez más claramente los espacios «privados» de los «públicos», se multiplica el número de dependencias y se aísla el conjunto de las injerencias del mundo exterior que se consideran cada vez más como agresiones (Bonnin, Perrot, Soudierre, 1983).

La arquitectura popular en Cantabria

Los edificios más «primitivos» de Cantabria presentan una distribución sencilla en la que los espacios, raras veces cerrados («privados»), están escasamente especializados. En las cabañas pasiegas descritas por varios autores (Terán, 1947; Ortega, 1975; Freeman, 1979) y que sólo en los últimos años empiezan a caer en desuso para ser sustituidas por las «vividoras», variante más cómoda y evolucionada, el «payo» (pajar) que sirve, simultáneamente, de cocina-comedor, sala de estar y dormitorio común ocupa la planta superior del edificio mientras que el inferior se destina íntegramente al ganado. No son mucho más complejas las distribuciones interiores de las invernales e incluso de algunas viviendas de las comarcas altas de la región (Fig. 1). En otras regiones españolas, las pallozas bercianas o lucenses o las primitivas barracas valencianas, por no citar más que dos ejemplos, muestran niveles de organización similares a los descritos. En todos los casos los edificios están siendo abandonados o destinados a usos diferentes al inicialmente previsto.

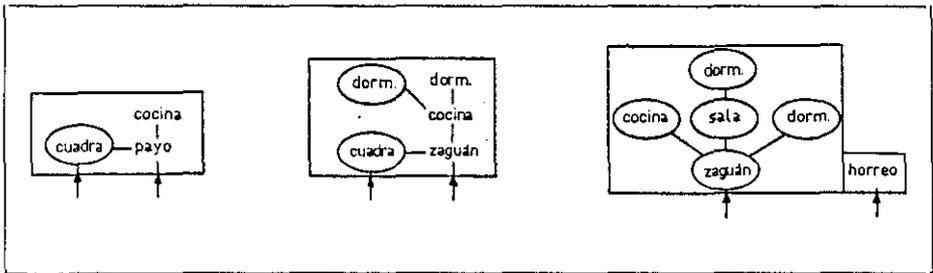


Figura 1.- de izquierda a derecha: cabaña, Vega de Pas; viviendas de Bustasur (Las Rozas) y de Pido (Camaleño).

Las plantas de las casas tienden a complicarse progresivamente aumentando el número de espacios «privados», cada vez más cerrados, independientes y especializados. La mayor parte de los edificios rurales de Cantabria tienen distribuciones comparables a las representadas en la Fig. 2. Sólo en las «casonas» o en los edificios cuyos propietarios desean mostrar un «status» o, simplemente, un nivel económico superior, las dependencias se multiplican, en ocasiones de forma desproporcionada, aunque, en lo funcional, conserven el esquema primitivo (Fig. 3).

Asistimos, por fin, desde hace unos decenios a una «urbanización» de las zonas rurales, último efecto de una transformación de las condiciones socioeconómicas de las mismas que se traduce en la invasión de nuevos

modelos y formas y la virtual desaparición de la arquitectura popular. «Cuando el hombre rural se convierte en proletario urbano, la arquitectura que él construye —o que para él se construye— presenta características bien distintas a las que definen la arquitectura popular» (Flores, 1979): «... por lo general se desconoce su destinatario, sus necesidades y sus deseos específicos, y aunque sí su ubicación, ésta se infravalora, resultando un modelo que suele repetirse en zonas con condiciones geográficas y climáticas totalmente dispares y, por supuesto, para usuarios muy diferentes» (Eliás y Moncosi, 1978).

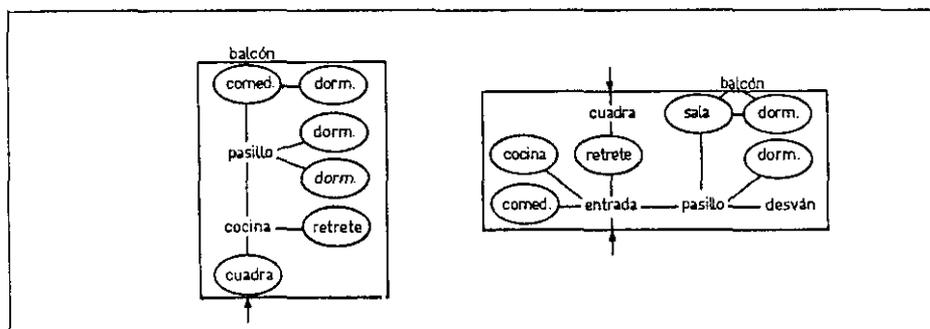


Figura 2.- casa de pescadores de Castro Urdiales (izquierda) y vivienda de Sta. María de Cañón (derecha).

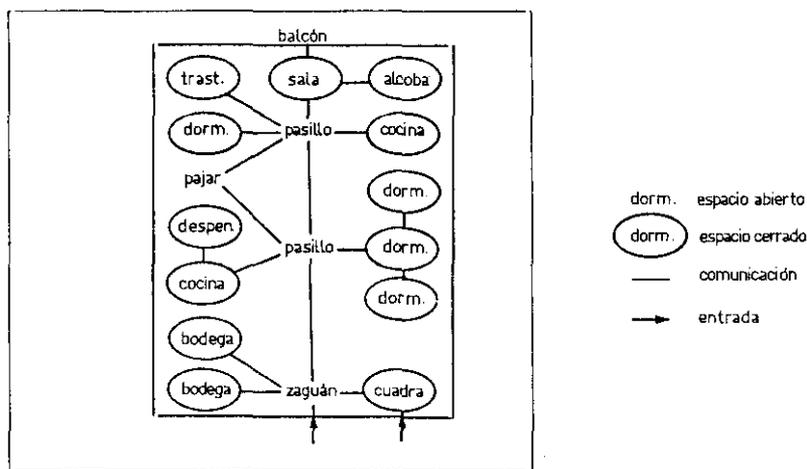


Figura 3.- casona de Quintanilla de An (Valderredible).

En estos momentos la conservación, funcionalidad y perpetuación de las formas tradicionales varían mucho de un punto a otro de Cantabria habiéndose degradado o, en ocasiones, perdido gran parte del patrimonio arquitectónico de algunas comarcas. Las razones de esta degradación son múltiples y aparecen concatenadas aunque, dependiendo de los casos, una u otra pueda resultar decisoria. Las más importantes son las siguientes:

- Crecimiento rápido, desbordando sus límites iniciales, de las áreas urbanas favorecido por la elevada densidad de población y la industrialización difusa. Este carácter urbano se observa principalmente en numerosos núcleos del área comprendida entre el tramo inferior del Besaya y la Bahía de Santander donde la arquitectura rural tradicional ha desaparecido o, en caso de haber subsistido, resulta raras veces funcional.

- Renovación y transformación mal entendidas de los núcleos rurales más dinámicos, unidas frecuentemente a operaciones especulativas, permitiendo la sustitución de los edificios unifamiliares tradicionales por bloques de pisos y la adopción de modelos urbanos, absolutamente inadecuados en ocasiones, en aras de una supuesta «modernización». Significativas de este proceso son las evoluciones recientes de Selaya, Vega de Pas y Ruerrero (Valderredible), por ejemplo.

- Impacto producido por las actividades turísticas. Su principal exponente es la rápida transformación de algunos núcleos y la colonización de extensas áreas de la costa por hoteles, urbanizaciones y campings que, junto con la construcción de edificios de gran volumen, han tenido por efecto desfigurar irreversiblemente entornos o poblaciones como Noja, Somo, Laredo (donde existen 11.391 viviendas para 3.000 familias) u Oriñón (Castro) donde hay cerca de 13 viviendas por familia residente.

- Invasión de las áreas rurales por residencias secundarias, hecho este a relacionar con el anterior, con la introducción masiva de modelos foráneos. Es frecuente, además, la «autoconstrucción» que permite la proliferación de pequeños edificios de ínfima calidad y nulo respeto por el entorno. Todo el litoral y amplias áreas del Campóo y de Valderredible se ven afectadas por este proceso.

- Cambio en la estructura económica de la población; con la pérdida relativa de importancia del sector primario y los cambios en los modos de producción o en las producciones mismas (paso del policultivo tradicional a la conversión en prado de la totalidad del terrazgo) desaparecen las necesidades que generaron tal o cual forma (chozos, hórreos, etc.) y determinadas dependencias se hacen supérfluas (estragal y cuadras se transforman en habitaciones o permiten la instalación de pequeños comercios...) (García y Requés, 1985).

- Falta de sensibilidad de los propios habitantes (que deslumbrados por mal conocidos modelos importados tienden frecuentemente a subestimar la propia arquitectura (García, 1972) y de una normativa adecuada (o de un control efectivo cuando ésta existe) que impida las frecuentes

alteraciones en los volúmenes, formas y colores de los edificios. Los impactos que producen este tipo de actuaciones son, individualmente considerados, los menos importantes y más fácilmente reversibles pero su frecuencia, rapidez de ejecución y difícil control han permitido la desfiguración de numerosos núcleos de gran interés en toda la región.

- Desaparición rápida y más o menos traumática de pueblos enteros en relación con determinadas actuaciones: construcción de embalses (Campóo de Yuso, Las Rozas), explotaciones mineras (Reocín), etc. o, simplemente, abandono de los mismos. El éxodo rural y empobrecimiento relativo ha favorecido la degradación del hábitat de amplias áreas de Valdeolea, Valdeprado, municipios altos del Nansa, etc.

Existen en Cantabria grandes diferencias intrarregionales en relación con todo lo comentado anteriormente; contrastan comarcas muy degradadas (sector costero central, por ejemplo) con otras de extraordinaria riqueza arquitectónica en las que la práctica totalidad de los núcleos tiene interés por uno u otro concepto. Destaca todo el área noroccidental de la región, desde Val de San Vicente hasta Los Tojos que, englobando una gran variedad de paisajes y de situaciones socioeconómicas, conserva un rico muestrario de casa con solana y estragal y de casas con balcón en voladizo, a veces con planta abuhardillada (García y Requés, 1985) que caracterizan la fisonomía de núcleos tan interesantes como Bárcena Mayor, Los Tojos, Carmona o la Hayuela, por ejemplo.

Otra área de interés se sitúa en torno al valle de Pisueña, prolongándose hacia Liérganes por el norte y hasta los municipios pasiegos por el sur, destacando aquí diversas variantes de la casa con balcón corrido en voladizo entre las que se intercalan ricos ejemplos de arquitectura noble y, por supuesto, la cabaña pasiega que en algunos lugares es la única forma presente. Lloreda, Liérganes, Pisueña y algunos barrios de Vega de Pas (Yera, Pandillo...) son especialmente interesantes dentro de esta comarca.

Una tercera zona de interés arquitectónico es la comprendida entre los valles de Ruesga, Soba y Guriezo donde encontramos, entre otras, interesantes ejemplos de casa con planta abuhardillada y balcón en voladizo (Valle, Ampuero) y hacen su aparición formas resultantes del contacto con regiones vecinas como los caseríos de Trebuesto, Adino y alrededores.

En el resto de la región existen gran cantidad de núcleos interesantes pero los conjuntos, en general, están más degradados o constituyen una excepción en medio de áreas alteradas (casos de Escalante, Cartes o, incluso, Santillana del Mar). Con todo, y a modo de síntesis, el patrimonio edificado de Cantabria es, sin necesidad de fijarnos en la arquitectura culta, de gran riqueza a la vez que goza de un relativamente buen estado de conservación. Sin embargo, lo que admiramos dentro de la «arquitectura popular» no es en ocasiones más que la pervivencia de formas arcaicas de poblamiento, rodeadas de miseria a veces, cuya degradación acelera-

da en los últimos años es una lógica consecuencia de la evolución del mundo rural. Sólo desde la aceptación de esta premisa es lícito lamentar el deterioro irreversible de este tipo de patrimonio histórico merecedor de una atención que hasta este momento no ha recibido.

BIBLIOGRAFÍA

- BASSEGODA NONELL, J. (1973). «Consideraciones acerca de la arquitectura y popular». *Jano*, 5.
- BONNIN, PH.; PERROT, M.; SOUDIERE, M. de la (1983). *L'Ostal en Margeride*. C. N. R. S., París.
- CHOMBART DE LAUWE, P. (1969). *Pour une sociologie des aspirations*. París, Denoël.
- DEMANGEON, A. (1952). *Problèmes de géographie humaine*. París, A. Colin.
- ELÍAS PASTOR, L.; MONCOSI DE BORBÓN, R. (1978). *Arquitectura popular de la Rioja*. Madrid, M.O.P.U.
- FLORES, C. (1973). *La arquitectura popular española*. Madrid, Aguilar.
- FLORES, C. (1979). *La España popular*. Madrid, Aguilar.
- FREEMAN, Susan Tax (1979). *The pasiegos, Spaniards in no man's land*. Chicago University Press, Chicago.
- GARCÍA CODRÓN, J. C.; REQUES VELASCO, P. (1985). *Atlas del Hábitat Rural en Cantabria* (en prensa).
- GARCÍA FERNÁNDEZ, Efrén; GARCÍA FERNÁNDEZ, José Luis (1972). *España dibujada*. Vol. I: Asturias y Galicia. Minist. Vivienda, Madrid.
- HAUSER, Arnold (1973). *Introducción a la Historia del Arte*. Madrid, Guadarrama.
- LEROI-GOURHAN, André (1973). *Milieu et technique*. París, Albin Michel.
- ORTEGA VALCÁRCEL, José (1975). «Organización del espacio y evolución técnica en los Montes del Pas». *Estudios Geográficos*, XXXVI, pp. 863-899.
- RAMBAUD, P. (1969). *Société rurale et urbanisation*. París, Seuil.
- TERÁN, Manuel de (1947). «Vaqueros y cabañas en los Montes del Pas». *Estudios Geográficos*, VIII, pp. 493-596.